

PRECIOS

MADRID

Tres meses... 9 rs.
Seis id. 16 »
Un año. 30 »

PROVINCIAS

Tres meses.. . . . 10 rs.
Seis id. 18 »
Un año. 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION.

Plaza de Matute, núm. 2.

HEMEROTECA MUNICIPAL

MADRID

PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses.. . . . 22 rs.
Seis id. 38 »
Un año. 74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses.. . . . 33 rs.
Un año. 70 »

FILIPINAS

Seis meses.. . . . 60 rs.
Un año. 100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.



COSAS DEL DIA.

—Señora, ¿á dónde va V?... V. llora... ¿Se le ha muerto á V. alguien?...
—No señor, no; el que yo querría que se me muriera es el gobierno...
—Señora, cálmese V... Cuénteme V. lo que le pasa...
—Quisiera ser de la partida de la porra, ó secuestradora para acabar con el gobierno...
—Pero, señora... ¿Y su marido de V?...
—Ahí me duele.
—No entiendo...
—Le contaré á V. lo que me pasa, y luego me dirá usted si tengo razon para estar furiosa, frenética y desear que se lleven los demonios á...
—Hable V. bajo, no nos oigan y nos lleven á alguna parte... Mire V., mejor será que entremos en este café...
—De buena gana... pero soy una mujer casada...
—Señora, me parece que mis años son bastante garantía...
—Entremos, sí, señor, tengo deseos de contar á V. lo que me pasa y de tomar un vaso de limon helado, porque si no voy á reventar.

—Vaya, cuente V. señora.
—Pues señor, ya sabe V. que mi marido siempre ha sido muy liberal, como es tan tonto... y tampoco ignora usted que en conspiraciones, escondites, huidas y otros gastos me dejó sin el dote que con tanto trabajo reuní mi padre para mí.
—Sí señora, lo sé...
—Cuando vinieron los suyos—¡lástima del...—iba á decir un disparate,—creimos que le darian un buen destino, que otros que hicieron menos que él se pusieron de un salto en los primeros puestos; pero esperamos un mes y dos y tres, y un año, y nada... Muchas buenas palabras, pero el destino no venía. Entre tanto, hágase V. cargo, tenemos que pedir dinero, vender las tierrecillas de mi abuelo, y en fin, que estábamos que se nos podía ahogar con un hilo. Y él tan tonto, fiándose siempre de sus amigos, defendiéndolos siempre, que un día por poco le dan un palo por meterse á reprender á uno que decía de ellos lo que merecian... ¡Ay! Sr. D. Cleto, lo que yo he pasado, lo que se me ha *repodrido* la sangre con aquel hombre no se lo puede V. figurar. Llegó un día en que ya no teniamos que comer, mientras los *amigotes* de mi marido se *apipaban* que era un gusto en Fornos, y el hombre, desesperado ya, fué á decir al ministro, otro

amigote suyo, que si no le daba un destino se iba á pegar cuatro tiros.
—Y le daría el destino.
—Sí señor, le dió un destino en Filipinas. Más allá habian de enviar al gobierno; pero como estábamos ya con el agua al cuello lo tomamos, y nos dispusimos á pasar el charco... ¿Qué habiamos de hacer?... Mi marido pidió dinero prestado, y se fué á Filipinas, y yo me quede aquí para vender los muebles y ponerme en camino cuando él hubiese llegado allá, porque ya ve V., si él se moría en el camino ¿para qué habia de ir yo á buscarle?...
—Es claro.
—Siempre hay que ponerse en lo peor... Pues, como digo, mi esposo fué á Manila, navegando cuatro meses y pico, y más muerto que vivo, con un miedo que estoy segura de que se me ha quedado desconocido de tan flaco y averiado... ¡Jesus! lo que habrá pasado el pobre pensando en si me sucedia algo á mí en este Madrid, es decir, más pensaria en si sería él pasto de peces y no me volvería á ver... Y yo entre tanto, vendiendo aquí lo que nos quedaba, poniendo á pupilo al gato en casa de una prima mia, y mandando hacer una jaulita pequeña de viaje para llevarme la cotorra... Con permiso de V. voy á pedir otro chico de limon, porque me ahogo... Crea V.

—Hay algunas cosas que, aunque no son de gran importancia... deseo que todos las ignoren... Además, no creo que vayas á hablar con nadie de mis asuntos, porque sabes muy bien que sería capaz de cortarte la lengua con mi puñal.
—¿De qué diablos quieres tú que yo hable? dijo Chaudoreille, enjugándose con un pañuelo de seda el rostro y el traje, y apretando los labios como si temiera que Touquet fuera á cumplir su amenaza. Nunca me has hablado una palabra de tus negocios... y yo no soy hombre á propósito para inventar la más pequeña mentira.
—Te he dicho lo que todo el mundo sabe; es decir, que he recogido á Blanca porque se habia quedado sola y abandonada en mi casa, sin que jamás haya podido averiguar nada acerca de su familia; pero ahora es ya una jóven hermosa, los enamorados no se harán esperar, y hé ahí lo que me contraria. Se informarán de todo lo que tenga relacion con ella, pero no sabrán más que lo que acabo de decirte. El que ha cantado hace un momento no me es desconocido; esta mañana ha estado en la tienda y ha pasado en ella más de dos horas esperando ver á Blanca... ¿Me has entendido?...
—Sí, te comprendo... si tú quieres que te comprenda... dijo el caballero sin dejar de frotar su casaca; porque no sé si debo comprenderte ó no... en fin, tu dirás...
—Lo que yo querría sería que fueras menos tonto, dijo Touquet arrojando sobre Chaudoreille una despreciativa mirada.
—Deja las palabras de doble sentido, dijo nuestro caballero; ¿ya sabes que no me gustan!... ¡Este maldito vino no se quita!... ¡y el caso es que da la casualidad de que hoy no tengo otro traje que ponerme!...
—Es un niño, un estudiante que no tiene ni pelo de barba, dijo el barbero, despues de un instante de silencio, que no fué interrumpido más que por el roce del pañuelo de Chaudoreille sobre los sitios más impregnados de vino;—lo que acaba de hacer, continuó Touquet, prueba la poca experiencia que tiene en intrigas amorosas. ¡Cantar delante de mi puerta!... ¡hacerme saber que se hallaba ahí!... ¡Francamente, al pobre mozo le hacen falta algunas lecciones.
—¡Á fe mia que no es un gran músico!
—Yo no creo que le conozca Blanca... sin embargo, ese romance que ha cantado es el mismo de que me ha hablado, si, es el mismo: *El amor es á la vida*...

amor daba una expresion un tanto interesante; unas cejas arqueadas, una boca fresca y agradable, una frente noble; en fin, un rostro en el cual no se encontraba nada que pudiera asustar á una jóven, y así es que nuestro amante, bastante satisfecho del espejo, se sonrió ligeramente exclamando:
—¿Por qué no me ha de amar?
Nuestro jóven pasó así todo el dia, formando una infinidad de proyectos, yendo al espejo y lanzando suspiros. Llegó la noche, y entónces fué cuando se acordó de que no habia comido desde por la mañana; pues por lo regular los amantes tienen bastante poco apetito, ó así lo dicen ellos por lo ménos. Como Urbano ne tenia motivos para desesperarse, se dirigió á una taberna con el objeto de comer alguna cosa.
Este nombre no designaba entónces un lugar de malas compañías; Pierre Corneille, Bois Robert, Rotrou, Colletet, Scarron y muchos grandes señores iban á la taberna, que era entónces lo que el *restaurant* de nuestros dias.
Al mismo tiempo que nuestro jóven tomaba su modesta comida, no cesaba de pensar.
—¿De qué medios me valdré, decia, para verla?... ¿Cómo haré para que me conozca?... ¡Blanca! ¡Oh! ¡qué nombre tan bonito!... ¡Qué bien le sienta!... Pero el barbero no parece muy tratable; su casa es una verdadera fortaleza; y sin embargo, es menester que esa jóven encantadora sepa que la amo, que la adoro... Esta mañana escuchaba con mucha atencion á aquellos músicos; parecia experimentar un gran placer al escuchar el último romance que han cantado. Y yo sé ese romance... Sí... esta noche voy á cantarlo debajo de su ventana; quizás se asomará á ella al oirme; puede ser que tenga la costumbre de abrirla para tomar el aire.
El aire era un tanto frio, porque la estacion era bastante rigorosa, pero es menester disculpar á Urbano porque un enamorado se cree siempre en la primavera. Entusiasmado con su idea, corrió nuestro estudiante á buscar su guitarra, y esperó con impaciencia que las calles estuvieran casi desiertas para ir á dar una serenata á una mujer que no le conocia.
Esta moda española estaba en bastante uso en Francia en aquella época, y aún hoy dia se conserva esta costumbre en algunos pueblos, en donde á eso de las diez ó las once se suele escuchar alguna que otra cancion acompañada de una guitarra. Pero en las grandes poblaciones, los ciegos son los únicos que van cantando sus amores por las calles.

que este lance me cuesta la vida... ¡Y todo por esos picaros!... ¿En qué estábamos?... Tengo la cabeza loca.

—Estaba V. en la jaula de la cotorra.

—¡Ah! sí; quería llevarla porque el animalito siempre ha querido mucho á mi marido, y en cuanto le veía acercarse á la jaula en seguida empezaba á gritar: ¡Papá! ¡Papá!... Y era la diversion y el encanto de toda la vecindad. Todo lo vendí, todo, porque, lo que yo decía, en llegando allá mi marido tendrá ya puesta casa... Fui á despedirme de todos los parientes y de las amigas, y le digo á V. que he llevado unos días que me río yo... Y ahora entra lo gordo; como yo he sido siempre una señora, aunque me esté mal el decirlo, y mis padres, gracias á Dios, me dieron buena educacion, me pareció que estaba en el orden ir al ministerio á ver á los amigos de mi marido por si se les ocurría algo en Filipinas, tenían algun encargo que darme ó querían que llevase alguna razon al general Izquierdo ó al intendente señor de Agius, que así se llama. Pues señor, fui y no pude ver al ministro; el hombre siempre estaba ocupado; pero vi á otros empleados á quienes referí todas mis andanzas, y que me iba á Filipinas. Se lo decía á todos por si alguno quería darme algun encargo para allá. Pues señor, á los cuatro ó cinco días de ir al ministerio á ver si podía echar la vista encima al ministro, noté que algunos empleados me miraban así como con lástima; me querían disuadir de ir á Filipinas, y en fin, me hablaban como se habla á quien hay que dar una mala noticia.

—¿Se ha muerto mi marido? pregunté, llena de afán.

—No señora, no, lo que es eso no le ha sucedido aún, me decían.

—¿Le han cogido los igorrotos?... ¿Se lo han comido por casualidad?

—No señora, no está comido su esposo de V., me contestaban.

—En fin, pásmese V., el día ántes de ponerme en camino con la cotorra, despues de haberlo vendido todo, me dijo un caritativo empleado que mi marido habia sido declarado cesante *antes de llegar á Manila*, y que al llegar y presentarse en la oficina no habria tenido que hacer otra cosa más que recibir el oficio que acredita su cesantía.

—¡Hombre! ¿eso pasa?...

—Sí señor, eso ha pasado. No ha leído V. en los periódicos que varios empleados al llegar á Filipinas se

han encontrado con la novedad de que ya estaban cesantes?...

—En efecto, lo he leído.

—Pues ayúdeme V. á sentir.

—Señora, desórden semejante no se ha visto nunca.

—¿Y qué hace mi marido ahora? ¿Y ahora, qué hago yo? Y la cotorra ahora, ¿qué hace?... ¿Qué hacemos?...

—Señora, tener paciencia; su marido de V. se volverá de Filipinas, se volverá á dedicar á su profesion, que no debió abandonar, y quedará curado de empleos y de amigos políticos.

—¡Ay! Dios lo haga.

—Sí señora, lo hará.

—Nos han partido con la revolucion.

—Sí señora; á unos por un estilo y á otros por otro á todos nos han partido.

LOS OBREROS ⁽¹⁾.

CARTA QUE ESCRIBE Á UN FABRICANTE UN AMIGO SUYO.

Mi querido amigo: por los periódicos he sabido los disgustos que te están ocasionando los obreros de tu fábrica, y esto me mueve á escribirte y darte un consejo, que deseo te parezca aceptable y lo sigas sin vacilar. La cuestion social se presenta cada día más amenazadora, los operarios son cada vez más exigentes, las huelgas toman el carácter de verdaderos motines, y la guerra contra el capital será pronto guerra contra los capitalistas. ¿Qué necesidad tienes de correr sus peligros y arrostrar sus consecuencias?

Y no me refiero sólo al riesgo personal que hay en esa lucha, porque sé no conoces el miedo, y esto, en lugar de contenerte, puede que te exaltara si no reflexionabas en que un hombre que como tú tiene una familia que le adora no puede exponer su vida; hablo del fruto de tus afanes de toda tu vida. Ninguno de tus amigos ignora que habiendo comenzado de simple obrero, á fuerza de aplicacion, de constancia y de trabajo has llegado á ser un rico fabricante. Pero la mayor parte de tu capital lo tienes empleado en tu fábrica, y esas huelgas, si se prolongar, acabarán por arruinarle en poco tiempo. Tus máquinas paradas, tus almacenes llenos de primeras materias, que no logras ver convertidas en manufacturas, y

(1) Véanse los números anteriores.

en una palabra, tu capital improductivo y ocasionándote gastos de consideracion, darian pronto al traste con tu fortuna si no pensaras seriamente en ello y aplicaras al mal el oportuno remedio.

Tus obreros se quejan de la tiranía del capital, líbrales de ella por lo que á ti hace. E'los traman huelgas más ó ménos prolongadas, obligales tú á una huelga perpétua. Cierra tu fábrica, realiza las existencias, vende las máquinas y hasta el edificio en que se encierran; es decir, reduce á metálico tu fortuna, emplea tus fondos en papel del Estado, que te dará un interes de cerca de 12 por 100, y con una renta que no bajará de 15.000 duros anuales veinte á vivir á Madrid, donde lo pasarás divinamente, ó viaja por el extranjero, sin pensar más que en divertirme y descansar de los afanes de toda tu vida.

Esto es lo que te conviene y lo que te aconsejo que hagas. Esto es lo que tu familia deseará indudablemente.

Bastante has trabajado ya, y justo es que llegue para ti la hora del descanso.

Al principio te costará alguna violencia trocar tu vida de laboriosidad y trabajo por la existencia cómoda y desocupada del rentista, pero á lo bueno se acostumbra uno pronto, y espero que ántes de mucho darás las gracias por haberte sugerido tan feliz idea á tu leal amigo.— Luis.

CONTESTACION DEL FABRICANTE Á SU AMIGO.

Querido Luis: recibí la tuya, y veo que sigues tan amigo mio como siempre, lo cual te agradezco en el alma. No extraño el interes que te inspiran mis disgustos, y aún te confieso que ya hace días esperaba que me escribieras, y hasta me figuraba el consejo que ibas á darme.

En verdad, amigo mio, que mis disgustos son grandes, y las razones que me das en tu carta muy atendibles, pero así y todo no puedo seguir tus consejos.

Mis obreros me habian siempre considerado como un padre, y yo procuraba ser para ellos un verdadero amigo. Mil veces les he atendido en sus reclamaciones, y siempre me han encontrado dispuesto á remediar sus necesidades en la medida de lo posible. El cariñoso respeto con que me trataban pagaba con creces mis sacrificios, y yo no aspiraba á otro galardón que morir entre ellos y ser acompañado hasta mi tumba por sus bendiciones.

La suerte parece que lo ha dispuesto de otro modo. El afecto que me tenían se ha vuelto enemistad, y le falta

La hora á propósito para las empresas galantes habia llegado, y Urbano se dirigió hacia la calle de Bourdonnais. Reconoció fácilmente la casa del barbero, gracias á la atencion con que la habia mirado por la mañana, y vió una luz á través de los cristales de la habitacion de Blanca, lo cual parecia indicar que la jóven no se entregaba aún al sueño; entónces, sin pararse á reflexionar que los demas habitantes de la casa podian oírle, se puso á cantar, dando á su voz la más tierna expresion.

Ya hemos visto cuál fué el resultado de esta imprudencia; al escuchar el ruido que hacian los cerrojos al descorrerse, se alejó nuestro jóven, y se ocultó á la entrada de la calle de las Malas-Palabras, desde donde oyó las amenazas y los juramentos de Touquet.

—¡Se ha escapado! dijo el barbero entrando en la sala baja, y arrojando con cólera su puñal sobre la mesa. Estas palabras rompieron instantáneamente el encanto que retenia la hoja de Orlanda, y Chaudoreille tiró por fin de su espada, y haciéndola brillar en su diestra corrió hácia la puerta exclamando:

—¡Ahora vereis, señores trovadores! Yo os haré trabar conocimiento con Orlanda, para que no volvais á pasar por aquí...

—¡Si te he dicho que no hay nadie! dijo Touquet mientras que Chaudoreille hacia ademán de descorrer los cerrojos. He tenido poca precaucion; me habrá oído... y se ha marchado.

—¿Estás seguro de que no hay nadie? dijo nuestro caballero blandiendo su espada.

—Sí, estoy seguro...

—Ganas me dan de visitar la calle á ver si hay alguno de esos atrevidos...

—Puedes hacer lo que gustes...

—No; he reflexionado que eso seria una tontería, pueden volver, y más vale dejarlos aproximarse sin desconfianza; entónces nos arrojamos sobre ellos, y yo te prometo que no he de dejar ni uno vivo...

Y al decir esto, envainó nuestro caballero su espada, y volvió á la sala, en donde se sentó junto al fuego y llenó un cubilete de vino, el cual vació de un trago para calmar su furor, segun dijo.

El barbero se paseaba á grandes pasos por la habitacion; se hallaba violentamente agitado, y no parecia apercibirse de la presencia de Chaudoreille, pues murmuraba de tiempo en tiempo con voz sombría:

—¡Ya llegó al fin lo que yo temía!... ¡Ya han visto esa hermosa flor!... ¡Y todos querrán cogerla!... ¡Y querrán saber quién es, y de dónde viene!... ¡Y eso producirá mil suposiciones... mil pesquisas!... ¡Sabe Dios á dónde los podrá conducir todo eso!... ¡Qué necio soy!... ¡Qué necesidad tenía yo de conservar esa niña!... Es verdad que creia dar con eso un golpe maestro... creia alejar la más leve sospecha... Sin embargo, debia haber pensado que llegaria un día en que tendria diez y seis años, que seria hermosa, y que para arrebatármela se emplearian todos los medios de que yo me he valido para con otros...

—Querido amigo, dijo Chaudoreille llevando á sus labios por tercera vez un cubilete lleno de vino; valiente Touquet, si tú no quieres tener á la jóven, dámela á mí, y yo te prometo que no habrá ninguno que se atreva á fijar en ella sus ojos...

—¿Que te la dé? dijo Touquet, como si hasta entónces no hubiera notado la presencia del caballero. ¿De quién hablas tú? ¡Responde!...

—¿De quién he de hablar?... De esa jóven en flor que dices que has recogido... Te he oído perfectamente...

—¿Me has oído? exclamó Touquet agarrando á Chaudoreille por el brazo, en cuya mano sostenia el cubilete lleno de vino. ¿Qué es lo que he dicho?... ¿Qué es lo que has oído?... ¡Habla miserable!... ¡habla!...

—Ten cuidado; me sacudes el brazo de tal manera que me vas á derramar el vino... ¿no te lo he dicho?... ¡ya se me ha llenado todo el traje!... ¡Qué diablo! ¡puesto que tú me lo has estropeado preciso será que me compres otro!

—¿Qué es lo que has oído? repitió el barbero con formidable voz, alzando su puño sobre la cabeza del caballero, mientras que con la otra mano le sacudia tan bruscamente el brazo, que parte del vino fué á inundar el cuello y las mejillas del cuitado valenton.

—Yo te juro que no he oído nada, dijo Chaudoreille, bajando los ojos para no encontrarse con las miradas del barbero; lo que yo te decía era que si querias darme á guardar algunas botellas de este vino yo las pondria en donde no las descubriera ninguna mirada indiscreta... Eso era lo que yo queria decir... y en verdad que con tus movimientos bruscos no sé siquiera lo que me digo.

Touquet abandonó entónces el brazo del caballero, como arrepentido de aquel primer movimiento de furor, y dijo sentándose junto á él:

poco para convertirse en ólio. Tengo en medio de mi pena el gran consuelo de saber que no lo merezco. Si predicaciones insensatas, inspiradas tal vez por móviles interesados han conseguido alucinar á esos pobres hijos del trabajo, aún no he perdido la esperanza de que la luz de la razón penetre en sus entendimientos y les haga volver á su deber, que es también su conveniencia.

Comencé de simple obrero, á fuerza de trabajo y de economía logré hacer un capital, que ha aumentado bastante gracias á mis sudores y desvelos; debo, pues, mi posición á la industria, y no quiero abandonarla por nada del mundo.

Cerrar yo mi fábrica, sería condenar á la miseria á centenares de familias, que si hoy huyen de mi lado por realizar ilusiones insensatas, acaso mañana volverán á buscarme cuando el desengaño les haya hecho comprender la verdad de las cosas.

Y si yo me equivocara, si esta idea que acaricio no fuera más que una alucinación de mi deseo, si la sociedad estuviera irremisiblemente condenada á un cataclismo espantoso, quiero tener la satisfacción de no haber contribuido á él, ni poco ni mucho, ni directa ni indirectamente.

Así pues, las puertas de mi fábrica permanecerán abiertas, y cuando mis pobres obreros vengan hambrientos y desengañados á pedirme otra vez trabajo, continuaré mis interrumpidas tareas, y daré gracias á Dios por no haber seguido tu consejo.

No quiero hacer irremediable un mal que tal vez no sea más que pasajero.

Por otra parte, si yo hiciera lo que me propones cometería una injusticia.

No creas que son todos, ni siquiera la mayor parte de los obreros, los causantes de las huelgas y desórdenes que deploramos.

Son nada más que unos cuantos, en general no los mejores, que logran imponerse á los demás por medio del engaño y de la amenaza.

Pero esta situación no puede prolongarse mucho, y yo espero que pronto la gran mayoría de los trabajadores volverá á sus talleres, dejando aislados á los cuatro vocingleros que hoy los arrastran con vanas teorías y falaces promesas.

Pero si así no fuera, obrero soy como ellos, y quiero participar de su desgracia, aunque no la haya ocasionado, que desgracia es y no pequeña ver á una clase tan numerosa y tan digna de ser atendida desconocer sus verdaderos intereses y hacer lo posible por destruir la industria, único porvenir que tiene.

Los obreros en general son buenos, pero poco instruidos, y no es difícil que hombres soñadores ó mal intencionados abusen de su ignorancia y se sirvan de ellos para atacar los cimientos de una sociedad que no se ocupa lo necesario en defenderse.

Hay entre los obreros algunos que porque han leído algún libro, sin entenderlo, u oído un discurso, que probablemente tampoco comprendieron, se creen aptos para resolver los más difíciles problemas sociales. Estos son mucho más temibles que los ignorantes. El que no sabe nada y está persuadido de su ignorancia, es casi un sabio en comparación del que sabe muy poco y se figura saber mucho. El primero sabe al menos que necesita aprenderlo todo; el segundo se figura que no hay nada que no pueda enseñar. Entre estos últimos se reclutan los declamadores de club, tan adulados por ciertos tribunales de plazuela, que como carecen de valor para realizar lo que se proponen quieren que los otros lo realicen.

Pero ni las arengas de los unos ni los aplausos de los otros podrán cegar durante mucho tiempo á la gran masa de la población obrera. La venda caerá de los ojos de los hombres de buena fe que la componen; entonces volverán á renacer la calma y la confianza; nuestra industria emprenderá de nuevo su marcha benéfica y civilizadora, y entonces el pueblo trabajador se convencerá de que el capital en lugar de ser su enemigo es su auxiliar más poderoso.

Entre tanto se repite tuyo amigo de corazón.—*Fermin.*

NO MAS CANAS... TEÑIDAS.

Este aceite de bellotas no va á gustar á su famoso explotador, pero en cambio acaso guste á los clientes de este y tantos otros inventores como especulan con la candidez del público canoso, siempre defraudado en esperanzas que nunca ve realizadas.

La canicie fué en todo tiempo un signo honroso y noble; la corona de la vejez; y es sensible que haya viejos

que abduquen de su corona. Qué hubiera viejas reverdecidas, podría pasar: la coquetería es de la mujer, y la vieja aún es mujer; lo que es soberanamente ridículo, y en cierto modo depresivo de nuestros respetos, es la coquetería del viejo, que se avergüenza de serlo, del viejo protestante, digámoslo así, ó reverdecido, especie de enmendadura sin salvedad, que huele á cien leguas á fraude, como diría un escribano, á dolo, á falsificación.

Al viejo más cabal por su prudencia y virtud, como se tiñan las canas, le faltará siempre algo para ser completamente venerable ó respetable siquiera: le faltará prudencia, le faltará hasta virtud sólo por faltarle canas.

Cada edad tiene sus privilegios: el de la vejez es el respeto con sus grados hasta la veneración. ¿No es absurdo renunciar á esto cuando no se puede ya conservar aquello?

Aquello es la juventud, flor de primavera que se marchita en el otoño y se deshaja en el invierno, ora riegue su raíz con *agua de siemprevivas*, ora con *leche de Popea*, por no decir de burra, ó con *aceite de bellotas*, dicho sea con el respeto debido.

Pero no siempre la canicie es signo de vejez, y sirva de consuelo á los viejos pollos ó pollinos de ambos sexos; las canas suelen también presentarse en el período más vigoroso de la edad.

Los estudios profundos y continuados, los excesos de la gula, las grandes pasiones de ánimo, las jaquecas frecuentes, los cambios de clima, las enfermedades agudas, las contusiones y heridas, pueden ser causas próximas ó remotas de la canicie.

Y aunque raras veces, suele presentarse este fenómeno en horas y aún en momentos cuando un terror horrendo y súbito obra sobre el individuo condensando en un instante todos los sufrimientos y agonías.

María Antonieta encaneció en breve tiempo durante su prisión en el Temple, á consecuencia de sus profundas penas y sobresaltos terribles.

Un grumete de quince años salió con la cabeza blanca, blanca como un anciano de ochenta; de los horrores de un naufragio.

El canciller Tomás Moro hubo de encanecer completamente desde las doce de la noche, hora que se leyó su sentencia de muerte, hasta las seis de la mañana, cuando fueron á ejecutarlo.

El regicida de que nos habla el verdugo Samson en sus *Memorias del cadalso*, tenía el pelo negro cuando empezó su horrible suplicio, y enteramente blanco al espirar en aquel infierno de dolores.

Una joven ultrajada por una soldadesca ebria, encaneció en un día por el gran dolor de la vergüenza.

El conde de Saint-Vallier, condenado á muerte, encaneció en el acto de leerle su sentencia.

Un joven perseguido por unos asesinos hasta la puerta de su casa, donde al fin se salvó, hubo de encanecer en esta angustiosa carrera.

Y en nuestros días, y á nuestra vista, encaneció un joven oficial condenado por el consejo de guerra á ser pasado por las armas, á consecuencia de la insurrección del Campo de guardias en 1854, y absuelto y ascendido después del triunfo de O'Donnell.

Por causa de enfermedad suele presentarse también la canicie en poco tiempo, según el testimonio de los médicos canistas.

Más disculpable es, aunque nunca sería, la mistificación de la tintura capilar en los jóvenes encanecidos por estas causas; más disculpable, porque es natural que un muchacho no quiera ser tan pronto respetable, y mayormente si es muchacha, que no querrá serlo nunca, es decir, hasta que llegue á ser vieja, edad que no han deslindado aún las mujeres. Pero no han pensado bien los jóvenes canosos que no tienen necesidad de teñirse las canas para seguir siendo jóvenes y aún para parecerlo.

Diremos lo que digimos antes de los viejos, pero viceversa. A un joven cabal por su frescura y vigor, aunque tenga canas, se le conocerá siempre que le sobran las canas, y sin que él proteste, protestarán por el del contrasentido cuantos y cuantas le vean.

Con esta garantía, que asegura la propiedad juvenil, las canas son una rareza, pero interesante, simpática, adorable, diría una francesa, y amable una española.

Después de todo, no hay todavía ningún unto ni aceite que satisfaga las exigencias justas, si nos ponemos á exigir justicia al arte de los charlatanes. Todas las preparaciones hechas hasta ahora para teñir el pelo son ineficaces cuando no son nocivas, y sucias siempre.

Los tintes compuestos con sustancias puramente vegetales no pueden suspenderse en la superficie pilosa, ni menos impregnar para teñirlo bien, el tallo capilar, y está

probado que no obra este riego ni bien ni mal en su raíz. Los tintes minerales, salvo el ferruginoso, son absolutamente nocivos para la raíz, y quemán ó secan el tallo, aunque por de pronto lo tiñan con más consistencia, si no con más ventaja. Y esto sin contar que, absorbidas estas sustancias metálicas y corriendo en la circulación de la sangre, son un peligro inminente para la salud general.

Los tratados de higiene y medicina legal traen mil casos de enfermedades, accidentes y desgracias que reconocen por causa inmediata el agente corrosivo, cáustico y á veces venenoso de los tintes capilares.

Por lo demás, todos son sucios y apestosos, por sí y por las causas que se les asocian por la omisión del aseo á que se oponen, y que continuamente necesita la cabeza.

Para concluir, daremos otra pasada á las canas, ya teñidas, pasada de última mano, que es necesaria porque es el lustre que les falta.

¿Quién no distingue al primer golpe de vista el pelo teñido por la naturaleza del pintado por el arte? ¿Qué unto ni qué agua de cerrajas, por no mentar el aceite de bellotas, podrá dar nunca al cabello ese brillo vivaz, vívido, vital, que pone en todas sus obras la inimitable naturaleza? Y ese negro mate, opaco, turbido de las canas pintadas, ¿no va acusando á voces la falsificación?

No, no os tiñais las canas, por honor siquiera de la formalidad común: esa pintura de brocha gorda siempre es un peligro para la salud, una suciedad, si no os ofendeis, y una ridiculez que arguye hasta falta de sentido moral. Toda falsificación es inmoral.

MEMORIAS DE UN SOLDADO RASO.

(Continuacion.)

Todos mis compañeros estaban locos de alegría.

Se decía que nos iban á dar dos años de rebaja.

La verdad es que no nos habian ofrecido nada; pero parece que esta es la costumbre cuando se subleva á la tropa.

A mí eso me parecía muy bien, y mi satisfacción hubiera sido completa, si no pensara que para ganar esa ventaja tendría que correr bastantes peligros, tomar parte en combates en que Dios sabe lo que podía suceder, y por fin arrostrar todas las consecuencias de una sublevación, que por lo que ya habia visto en Madrid son bastante graves, sobre todo para la gente menuda.

Por las calles ya corrían grupos de hombres armados dando vivas y mueras á todo lo que se les antojaba.

A mí no me disgustaba ver que los paisanos estaban de nuestra parte; pero recordando con qué facilidad les vence el ejército, no las tenía todas conmigo hasta saber lo que hacía el resto de la guarnición.

A cada momento temía que apareciera delante del cuartel alguno de los regimientos que suponía que serían fieles al gobierno; pensaba que tal vez pudiera presentarse apoyado por la artillería, la cual no tardaría en abrir las puertas á cañonazos, en cuyo caso sufriríamos un ataque como el que el 22 de Junio dimos á San Gil, con la notable diferencia de que yo en lugar de ser de los vencedores sería de los vencidos.

Convengamos en que estos pensamientos eran poco agradables y no tenían nada de disparatados.

Felizmente no sucedió nada de lo que temía.

La conspiración estaba tan bien combinada que todos los cuerpos de la guarnición de Sevilla se sublevaron en aquel día unos después de otros.

La artillería parece que fué la que más se resistió á tomar parte en el alzamiento, pero por fin comprendió que no podía luchar con tantos enemigos, ó se dejó vencer por las razones de los jefes insurrectos, y siguió el ejemplo de todos.

Aquel fué en la población un día de fiesta.

Los soldados no podíamos andar por las calles, porque el pueblo nos vitoreaba, nos abrazaba, y nos hacía entrar por fuerza en los cafés, las tabernas, en todas partes donde podía obsequiarnos.

Yo no he visto nunca un entusiasmo semejante.

Parecía que cada uno de nosotros habia hecho un gran favor á los sevillanos, ó que á todos ellos les habia caído la lotería.

Por todas partes andaban músicas tocando el himno de Riego; los balcones estaban adornados con colgaduras como en las grandes solemnidades, y por la noche ni uno sólo dejó de iluminarse.

Yo iba de asombro en asombro.

Lo que más me chocaba era que habiendo tantos enemigos del gobierno hubiera éste durado ni siquiera un día.

Luego he pensado que no todos los que ponían colgaduras ó iluminaban sus balcones serían enemigos suyos, sino que muchos lo harían por aquello de que la mayor parte de la gente está siempre dispuesta á gritar: ¡Viva el que vence! y otros harían como que se alegraban por miedo á que les dieran algún disgusto si manifestaban sus verdaderos sentimientos.

Así se pasó todo el día 18 y el 19.

A cada momento se publicaban boletines extraordinarios anunciando el pronunciamiento de nuevas poblaciones, cosa que á mi me importaba poco, y de otros regimientos de los que se hallaban en diversos puntos, lo cual ya me parecía más interesante.

El 19 por la noche llegó á Cádiz el general Serrano, que era el jefe principal de la insurrección. Con él venían otros varios generales y brigadieres amigos suyos. A pesar de que estaba diluviando, la estación del ferrocarril estaba atestada de gente, y por las calles por donde pasó no se podía andar. Tal era la multitud que las ocupaba.

Los vítores debían oírse á una legua de distancia.

Parecía que todo el mundo se había vuelto loco.

Al día siguiente nos pasó una revista.

Parece que todavía le estoy viendo.

Vestía pantalón de uniforme, botas de montar, levita azul sin ninguna insignia, y gorra con entorchados de capitán general. No llevaba más condecoración que una cruz de San Fernando.

Era el mismo hombre apacible, alegre y sereno que yo había visto en el cuartel de San Gil.

Hay naturalezas envidiables, y yo no podía menos de admirar al que con tanta indiferencia arrostraba toda clase de peligros.

Siempre ha tenido gran prestigio en el ejército, y se comprende, porque la verdad es que sólo verlo inspira confianza.

En la revista se repitieron los vivas, y el entusiasmo fué mayor, si cabe, que la noche anterior.

Yo no viloreé mucho, porque estaba preocupado pensando en que sólo dos veces había visto al general Serrano, en situaciones bien distintas, y por cierto las dos con gran peligro de mi pellejo; porque aunque por entonces todo iba bien y no teníamos en Sevilla enemigos que combatir, ya comprendía yo que aquello no podía durar mucho, que se acabaría el jolgorio y empezarian los balazos.

Después de la revista, el general volvió á Cádiz, y todo aquel día estuvieron entrando en Sevilla regimientos pronunciados.

En seguida comenzó á formarse el ejército de operaciones.

Pronto se reunió una división formidable.

Había lo ménos quince batallones de infantería, diez ó doce escuadrones de caballería, dos regimientos de artillería, más de dos mil guardias civiles; muchos carabineros de las dos armas, y dos hermosos batallones de guardia rural, compuestos de hombres robustos y valientes, acostumbrados á la fatiga y al peligro, que presentaban un bonito aspecto con su calzón bombacho, sus polainas de cuero, sus chaquetás de paño pardo y sus sombreros de castor.

(Se continuará.)

E. ZAMORA Y CABALLERO.

CASCABELES

Por lo visto van á quedar en España muy pocos italianos sin condecoración española.

Esto choca naturalmente, y demuestra una vez más que los amigos incógnitos son la plaga peor que se conoce.

El gobierno inglés ha retirado el impuesto sobre los fósforos en vista del disgusto con que era recibido por el país.

Lo mismito hace el bendito gobierno que hay en España: en cuanto se trata de un impuesto que repugna á la nación, ya están nuestros ministros de Hacienda obcecados en cobrarle y hacerle lo más odioso que posible sea.

Ejemplo el impuesto personal convertido en cédulas de vecindad.

La revolución ha dado en España grandes frutos. Ha sacado de la oscuridad á supinas nulidades, y las ha puesto por encima de todos los hombres decentes, probos é inteligentes.

Nos ha traído las predicaciones de *La Internacional*. Ha aumentado espantosamente la criminalidad.

Ha concluido con la instrucción pública, matando de hambre á los maestros.

Ha arruinado á todo el que trabaja, y elevado todas las osadías, todas las desvergüenzas y todas las ignorancias.

¡Qué vergüenza!

Un diputado ha presentado en el Congreso un pedazo del inmundo pan que se da á los presos en estos tiempos de *moralidad, amor al pueblo y democracia*.

Y puede que además de ser tan malo el pan no se pague.

¡Qué vergüenza, señores!

La magnífica universidad nueva de Barcelona está sirviendo de cuartel hace tiempo.

Es mucha la ilustración de los mandarines de la situación.

¡Qué lastima de dinero el empleado en poner en escena la zarzuela *Los amores del Diablo*!

Pudiera haberse sacado muchísimo partido del libreto, y haberlo hecho ameno y entretenido; pero el arreglo hecho es tan ramplón, insulso y desgraciado que el público se aburre soberanamente de oír aquella prosa tan vulgar y aquellos versos de las piezas musicales, cuya estructura (la de los versos) recomendamos á la Academia.

Las decoraciones, los trajes, etc. etc., muy bien; pero lo principal en una obra dramática ó lírica es el poema, y el de *Los amores del Diablo* no puede ser más desventurado.

El número 13 del segundo año de *Los Niños* contiene lo siguiente: *Mayo*, por Pascual.—*Pe'rorca* (con retrato).—*El godo y el agareno*, (continuación, con viñeta) por Arnao.—*Mil'on*, (con retrato).—*Las Virtudes teológicas*, (con lámina), por D. T. Guerrero.—*Guerra infantil*, (continuación).—*A la luz de un quinqué*, por Rovira.—*Por los niños*, (con viñeta), por Trueba.—Armada española (viñeta).

Recomendamos á las madres de familia esta publicación que cada vez es más interesante, no sólo para los niños sino para los jóvenes.

Con asombro leí el domingo en *La Correspondencia*: «Con motivo de la función de toros se ha suspendido hasta nuevo aviso la reunión de diputados y senadores andaluces convocada para esta tarde.»

Ya lo saben Vds., para los políticos ántes es ir á los toros que ocuparse en cosas de provecho para el país.

Bien que las cosas que ellos imaginan no aprovechan al país mucho que se diga.

El general marques de Novaliches, modelo de lealtad, ha sido dado de baja en el ejército.

Siquiera en consideración á su pundonoroso y bizarro proceder enfrente de la sublevación militar que nos trajo lo de Alcolea, y lo que colea, se le debiera haber respetado.

Se ha creado una condecoración especial destinada á los voluntarios nacionales.

Tampoco esa me toca á mí.

Me alegro.

El gobierno, sin hacer caso de la ley, ha aplazado las elecciones de ayuntamientos.

Estos son los tiempos del respeto á la legalidad, la moralidad, etc. etc.

—Sí, chico, yo soy socialista y comunista, y creo que no debe haber gobierno, religión, propiedad ni familia.

—¡Qué bruto eres, hombre!

—Yo no quiero llamarme Miguel Panoja, sino simplemente, pongo por caso, número 47 de Calatayud.

—¡Jesus! no haga V. caso á mi marido; él no sería nunca el número 47 ni otro ninguno; sería el cero.

SOLUCION DE LOS DOS ACERTIJS Y DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Partiré para Granada el lunes con Mariposa, una perrita donosa encanto de mi morada.

Una suscritora, señora mayor, pero tan alegre como si tuviera quince años.

ACERTIJO.

Con dos cabezas

como la mía

sirvo de espanto

para las niñas.

Centro y cabeza

dan simpatías

y proporcionan

alegre vida.

En mis piés hallas

la palabrilla

que á las mujeres

produce grima.

Y en fin, mi todo

es el que grita

en sociedades

y cofradías.

ANUNCIOS

LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado dos tomos, y se está publicando el 3.º En los dos tomos publicados aparecen las firmas de los hombres más eminentes de España.

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel con profusión de bellos grabados.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

A todo el que se suscriba, se le regalará el ALMANAQUE DE LOS NIÑOS para 1871.

Administración en Madrid, plaza de Matute, 2. Las suscripciones de provincia pueden dirigirse con su importe en libranza ó sellos á D. C. Frontaura, Huertas 40, principal.

PORVENIR DE LAS FAMILIAS.

Se compran sus Pólizas, Tutelar, Caja U. de Capitales, Cédulas de La Nacional, Crédito Comercial, y otros valores. Montera, 32, tabaquería de C. Gonzalez, Provincias mandarían sello. —7

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU, remedio seguro para todos los que padecen de

TOS catarrros, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoración. TOS

Es el medicamento más cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que á las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la cárcel, 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnación.—Valencia, Dr. Alino, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logrono, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el último periodo de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener no obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curación desconoce completamente la ciencia hasta el día. Dr. Andreu. (12)

Coke del gas con astillas 12 rs. quintal, Castañilla 9 id. id. Carbon de encina 20 id. id., peso exacto. Tahona de las Descalzas, núm. 6 y Farmacia, número 1.

MÉTODO DE SOLFEO ANALÍTICO, FÁCIL Y CONCISO, por J. Lladó. SEGUNDA EDICION.

El modo nuevo y sencillo como se hallan demostrados en este Método las combinaciones musicales, simplifica y perfecciona la enseñanza, haciendo en poco tiempo los alumnos rápidos progresos.

Se halla: Madrid: almacenes de D. A. Romero, Preciados, 3, y de D. C. Martín, Correos, 4; Barcelona: en casa del autor, Jo ellanos, 3, primero, y en todos los almacenes de música; Habana: Edelmann y compañía, Obra Pia, 23.—Precio fijo, 32 rs.

PRÉSTAMOS Y COMPRAS.

Sobre casas en Madrid y dehesas; hay dinero disponible; desde 2.000 á 30.000 duros; también se compran.—Abada, 15, 2.º izquierda.

LIBROS QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA ADMINISTRACION DE EL CASCABEL.

Plaza de Matute, núm. 2.

LA FONTANA DE ORO, novela preciosa elogiada por toda la prensa, original de D. Benito Perez Galdós. Un tomo de 410 páginas 12 rs. y 14 para provincias.

VIAGE CÓMICO Á LA EXPOSICION DE PARIS, por D. C. Frontaura. Un tomo de 300 páginas, con láminas, 4 rs. en Madrid, 6 para provincias.

LAS TIENDAS, dialogos humorísticos por D. C. Frontaura. Un tomo de 300 páginas, 4 rs. en Madrid, 6 para provincias.

ROMANCES POPULARES, por D. C. Frontaura. Un tomo 4 rs. en Madrid y 5 para provincias.

JULIO FAVRE Y EL CONDE DE BISMARCK, por D. E. Castelar; un folleto con un retrato en acero, 10 rs.

EL CABALLO BLANCO, estudio de costumbres teatrales, por D. C. Frontaura, 4 rs. en Madrid y provincias.

HISTORIAS TRISTES, por D. C. Frontaura, 2 rs. en Madrid y 3 en provincias.

De las obras de D. C. Frontaura tituladas CURCUTURAS Y RETRATOS, COSAS DE MADRID Y GALERIA DE MATRIMONIOS, quedan poquísimos ejemplares, y se va á proceder á su reimpression. Precio de cada una 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

DE DOCE Á UNA, por D. R. Sepúlveda. Un tomo 8 rs.

ALMANAQUE DE JUAN PALOMO para 1871; un bonito libro impreso en la Habana, 10 rs.

A. THIERS Y A. DUMAS, por D. E. Castelar. Un folleto con un retrato en acero, 10 rs.

CONSEJOS Á LAS MADRES. Utilísima obra para criar sanos y robustos á los niños. Un tomo de 20 pliegos, 8 rs.

MADRID.—1871

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOPIA DE D. JUAN AGUADO, CALLE DEL CID, 4. (RECORTOS)